BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

César A. Mba Abogo

(La construcción de) la memoria del petróleo

Edición impresa

César A. Mba Abogo, *«(La construcción de) la memoria del petróleo»*

En

Landry-Wilfrid Miampika (ed.) (2010) *La palabra y la memoria: Guinea Ecuatorial 25 años después*. Madrid: Verbum. (pp. 45-50)

Edición digital

César A. Mba Abogo, «*(La construcción de) la memoria del petróleo*» (2010)
Dulcinea Tomás Cámara (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Marzo de 2011

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso

(La construcción de) la memoria del petróleo

César A. Mba Abogo

Empezaré diciendo que Guinea Ecuatorial es un país diferente, no lo es por una cuestión de tamaño, edad o ideas, seguiré diciendo que los poetas de Guinea Ecuatorial son diferentes, no lo son por sus formas o deformidades ni por sus nostalgias tangibles, tampoco lo son por las instantáneas de sus quimeras mestizas. Dicen que las grandes tragedias, al colocar al hombre en los límites de la vida, han sido desde siempre, fuentes de inspiración para el arte y la literatura. Guinea Ecuatorial conoce la tragedia a grandes y pequeños rasgos, de hecho Guinea Ecuatorial fue abducida por una tragedia. La historia de Guinea Ecuatorial es tan trágica que muchos testigos, verdugos y víctimas, juegan a los cíclopes para no tener que mirarse de cerca. Juegan incansablemente, hacen mala memoria en voz alta, codifican la geometría de los suspiros de Guinea Ecuatorial para construir un paisaje sin preguntas y un futuro solo apto para supervivientes. Pero no es la historia de Guinea Ecuatorial la que hace diferentes a Guinea Ecuatorial y a sus poetas. Muchas naciones han sufrido heridas, casi todos los pueblos han conocido la ocupación extranjera y la dictadura. Lo que hace diferente a Guinea Ecuatorial y a sus poetas es su soledad. Esa es la gran tragedia de Guinea Ecuatorial y sus poetas. La soledad. Una soledad más solitaria que las siete soledades de Lorsa López, una soledad tan sola como todas las soledades de América Latina. Pero La soledad, que tiene sus pústulas también tiene su encanto, la soledad, que es un espectáculo procaz porque carece de espectadores y porque es invadida sin motivo por los espejos, es también fuente de inspiración para el arte y la literatura. El retrato de los poderes de la tempestad, las crónicas de los viajes singulares, los homenajes entonados bajo un cielo impotente, las muertes para uno mismo y las poses económicas, son, en realidad, fotogramas de nuestra soledad, representaciones que humanizan nuestros sufrimientos y nuestras locuras, nuestros estados posibles e imposibles, los abismos de nuestra sensibilidad. Pero más allá de nuestras fronteras, la soledad de Guinea Ecuatorial y sus poetas es puro capítulo uno. Ahora estamos empezando el día, se oyen trocitos de hurras y batir de palmas, el mundo, cuya sabiduría ha llegado hasta la constelación de Orión, de repente se ha fijado en los poetas de Guinea Ecuatorial, antaño una tribu robinsoniana desesperada de esperar a que alguien o algo los rescatase. Y en la boca del mundo cuya sabiduría ha llegado hasta Orión, este mundo que quiere darle confianza y consuelo a Guinea Ecuatorial y a sus poetas, cuelga una pregunta: ¿Dónde habéis estado? Sin rencor, sin reproche, el poeta de Guinea Ecuatorial, completamente metido en su fatiga, responde: hemos estado en nuestra soledad, una región real e imaginaria a la vez, un desorden blanco en el que nos fusilábamos con las balas pérdidas de nuestro pasado y nuestro presente.

Antes de proseguir quisiera rendir un pequeño homenaje a los que corrieron y siguen corriendo por el desierto con una cuchara de agua para regar las letras de nuestra querida Guinea. A

los que escribieron y escriben para dar voz al silencio de Guinea Ecuatorial. A los que no están y dan tanto sin haber exigido nada a cambio, a los que volvieron pero no retrocedieron, a los que se fueron pero no nos abandonaron y a todos los que, desde sus ínsulas baratarías y sus idahos privados, ofrecen el producto destilado de su genio para que nuestras voces africanas en español puedan ser escuchadas en el reino de Cervantes que es un reino de este mundo, nuestro mundo.

Cuando los combes luchaban, no había párrocos en Niefang, nadie soñaba con un avión para ricos pero un bubi con una lanza ya dialogaba con un nombre que venía del futuro: Guinea Ecuatorial. Mientras nos acercábamos al futuro, más de un joven era fusilado en Santa Isabel. Cogimos la última lanza, el Padre Fulgencio Abad recibió su última carta. Sin querer, en silencio, comenzamos a dibujar círculos eróticos y viciosos. Ya nadie enviaba cartas desde el bosque fang. El viento lloraba. Un hombre dijo "No sé dónde estoy, si no es entre la frontera de la vida y la muerte". La maldición había caído sobre nosotros y estábamos solos. La invitación al optimismo trajo consigo el conjuro del 3 de agosto, el principio de otros despertar. Los poetas infieles contemplaron sus autorretratos y se preguntaron si seguían siendo poetas. Una mujer, Antígona, soñó que llegaban hasta el futuro, el lugar del que le habían dicho que venía el nombre de Guinea Ecuatorial y en este futuro al que se acercaban sonrientes, Guinea Ecuatorial, cosas del tiempo, ya era también Nambula. Antígona sigue caminando, es una travesía larga, pero el tiempo, ahora lo sabemos, es fluidez. Sabemos también que al final de la noche no está el olvido. Nosotros los poetas de Guinea Ecuatorial ya no estamos tan solos. Ya somos multitud. Ya tenemos nuestro Viyil.

A los poetas de Guinea Ecuatorial, a los que lanzan botellas al mar para el Dios de las palabras, a los que ya se fueron al extranjero del extranjero y a los que siguen aquí abajo, a todos ellos les rindo este modesto homenaje por que nuestras letras vivirán para siempre bajo la estrella que ellos han colgado en el cielo, porque el mar de nuestras palabras nace en las tinieblas de su memoria negra, les rindo este homenaje y a la vez les digo, desde el afecto, perdonadme por no saber ser como cada uno de vosotros, cada una de vosotras.

Yo sé bien que estoy fuera, respiro la literatura de Guinea Ecuatorial con la boca abierta, las historias en blanco y negro me describen pero no me retratan, todas las noches le pido a mis muertos, que no son pocos, que me olviden para que puedan brillar eternamente en mi memoria. No llevo la carga de lo ocurrido, este es mi gran alivio a la hora de moverme por el presente. El ayer no es mi refugio. Estoy asistiendo a una fiesta que comenzó hace mucho tiempo, una fiesta en la que soy un completo desconocido y un novato.

A mediados del 2006, el azufre inundó mi pecho y decidí cerrar mi época de migración hacia el norte. Aterricé en Malabo con una inflación de sentimientos. La ausencia de una cantera de prójimos hizo que me mudara a las páginas de un libro del que se dice que es en realidad una multiautobiografía pues su argumento puntual, en tanto que trama simbólica, es aplicable a cualquier vida-viaje. En la metafonía de las palabras de este libro solía perder los tiempos muertos que Malabo colocaba a mis pies como rosas muertas. Leía la multiautobiografía y cuando los espíritus esquivos de la poesía saltaban sobre mí y me clavaban sus uñas en la espalda, yo me repetía las palabras que bifurcan el sendero de un escritor que es lector y un lector que es escritor. Los buenos lectores son cisnes aun más tenebrosos que los buenos escritores. Un día logré un atardecer en Malabo y las palabras de

Clarice Lispector me asaltaron como una revelación: "*Escribir es una maldición que salva. Es una maldición porque obliga y arrastra, como un vicio penoso del cual es imposible librarse. Y es una salvación porque salva el día que se vive y que nunca se entiende a menos que se escriba*." Siempre quise ser pastor de palabras, con el tiempo una de las cosas que he asumido es que no puedo escribir nada legible y a la vez intentar borrar mi propia personalidad. La buena prosa, dice uno de mis maestros, es como el cristal de una ventana. A pesar de George Orwell, no me veo escribiendo un libro político y, a mucha honra, estoy matriculado en la escuela del mundo al revés de Galeano, no necesito decirme que hago literatura social. Todas las noches me digo: La literatura para mí es una paleta en la que uno puede combinar libremente los colores de las constantes y los de los conflictos. Creo que el verbo es la energía original de la naturaleza sin dimensiones, la literatura no es sino una peregrinación hacia ese impulso de distintas frecuencias que subyace a la vida. Pero sé que nadie es una isla, que aunque digamos adiós a las armas, las campanas doblan por todos nosotros. Cuando puedo, le susurro a Beckett: Yo no seré el último al que se llevarán cuando ya no quede nadie para levantar la voz, y a Bukowski le grito: Yo no seré el último dinosaurio que se morirá de hambre. Estaba en Malabo, en Guinea Ecuatorial, mi *khent amenti*, y mi voz me sonaba áspera y me daba como que la garganta se me iba llenando de barro. Yo que siempre quise ser un astronauta, yo que una noche soñé que era lanzado al espacio en un nido de humeantes y retorcidos hierros para unirme a todos los amanuenses de la escritura de los héroes: Roberto Bolaño, Sony Labou Tansi, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, William Faulkner… Yo que me desvanezco en vastas y sórdidas películas, yo que amo el estofado del cordero de la imaginación ¿Cómo podía escribir en Malabo? Paro aquí, digo como Marlon, "*no quiero aburrirlos con lo que a mí personalmente me ocurrió*".

Malabo es la metáfora más limpia de los desafíos y oportunidades de Guinea Ecuatorial. Pero Malabo no es una magdalena, en Malabo hoy no se busca el tiempo perdido, se construye un nuevo tiempo, un tiempo que será o no será rotundo, un tiempo que pueda que esté sujeto aquí y allá y pueda también que no, un tiempo que basculará entre un ayer inventado o aclarado y un mañana deseado o merecido. En estos momentos, ahora mismo, Malabo, la ciudad remordida, está viviendo un sueño de progresos y retrocesos, de redenciones y corrupciones, un sueño de buenas esperanzas, un sueño de edificios de vidrio y azulejos, un sueño de rotondas para dar la vuelta al mundo en ochenta días y la vuelta al día en ochenta mundos, un sueño de lenguas de alquitrán que hacen vibrar a árboles milenarios, un sueño de móviles para todos, agua para todos, electricidad para todos, un sueño que todos quieren soñar para que sea un sueño para todos y por todos, para que no haya desalojos sin esperanzas, para que el estado no sea Goliat pues no todos los ciudadanos pueden ser David, para que ningún niño llore cuando no tiene que llorar, para que a ningún enfermo le venga la muerte cuando el rostro de la vida luce todavía una dentadura de nácar, para que los Homeros no tengan que taparse las orejas con cera para no sucumbir al canto de las sirenas, para que ninguna mujer se vea ante el dilema de elegir entre la espada y la pared…

¿Cómo puede uno escribir en un contexto así? ¿Qué debe uno escribir en un contexto así? Quiero pensar que estoy escribiendo en Malabo porque me interesan los signos externos pero también el seno ardiente de la noche que las gentes de Malabo llevan dentro, quiero pensar que estoy escribiendo en Malabo porque estoy enamorado de los personajes de Malabo, porque me fascina la forma en que evitan ciertos temas, sus evasiones de la realidad, las esculturas de sus ilusiones, creo firmemente que el flujo y reflujo de las aguas interiores de las gentes de Malabo, al igual que las gentes del Santiago ensangrentado, se merece un Nocturno. Quiero pensar que estoy escribiendo en Malabo porque Malabo es una ciudad magnética, porque la electricidad de sus gestos y los deslices de su lenguaje siempre traicionan sus verdaderas intenciones y pensamientos. Pero sobre todo quiero pensar que estoy escribiendo en Malabo porque mi soledad ha buscado la mano de Malabo y ha encontrado otra soledad, ha encontrado los orígenes de mi soledad.

Guinea Ecuatorial es un país diferente, nuestro sello es la soledad. Pero algo está cambiando. El mundo, que no sabía que existíamos o prefería mirar hacia Orión, ahora contempla nuestra soledad. Una soledad de amores y heridas, una soledad en la que todos nos une y todos nos separa. Ahora arrastramos cuarenta años y la mirada del mundo. ¿Por qué de repente nos mira el mundo? ¿Por el petróleo? Elemental, querido Watson. Yo quiero pensar que el mundo tiene muchas miradas, quiero pensar que el mundo nos mira, no solo por el petróleo, quiero pensar que el mundo nos mira también porque los poetas de Guinea Ecuatorial durante cuarenta años han construido la Memoria del Silencio. Porque nuestra soledad de ayer era en silencio. Hoy, la soledad de Guinea Ecuatorial ya no es en silencio, confío en que, mañana, la soledad de Guinea Ecuatorial no volverá a caer en el silencio. Con el paso del tiempo, muchas miradas nos abandonarán, mirarán a otras constelaciones, nuevos delirios serán alumbrados y siempre hay muertes más grandes, más épicas, más fotogénicas. Estamos viviendo unos años únicos, unas circunstancias no renovables como las bolsas de petróleo que riegan nuestro producto interior bruto, confío en que cuando todo esto acabe, cuando llegue el momento de canonizar o excomulgar esta bendición que hoy es el petróleo, la mirada de la literatura seguirá allí. Confío en que los solitarios poetas de Guinea Ecuatorial, en esos años de la fiebre del petróleo, vamos a ser capaces de construir una Memoria del Petróleo, tal y como ayer se construyó una Memoria del Silencio. Espero que en el futuro, cuando los devotos del Dios de las Palabras nos lean, nuestras obras, las que escribimos hoy, les iluminen las mil y una caras escondidas de una fiebre del petróleo que es mucho más deslumbrante de lo que muchos suponen. Cierro parafraseando al Johnny Carter de Cortázar: "*Este texto, lo estoy escribiendo mañana*".